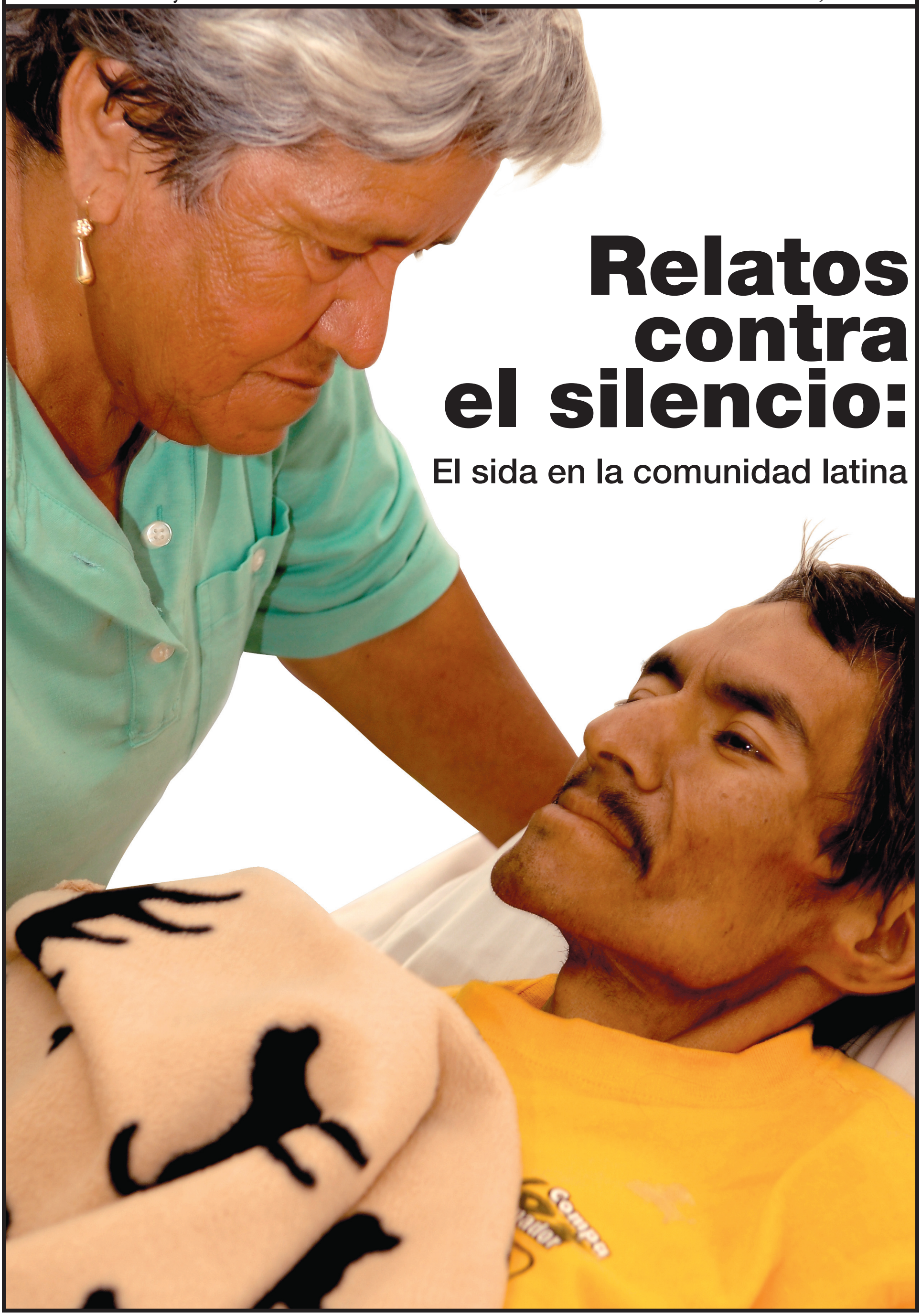
EL NUEVO SOL

Miércoles 23 de mayo de 2007 | Volumen 4, número 5



Relatos contra el silencio:

El sida en la comunidad latina

Índice

Introducción
POR ANA CUBÍAS

Página 4

"Aquí nadie se raja". Líder comunitario da lección de vida POR ALONSO YÁÑEZ

José Santibáñez fue un dirigente y activista comunitario que dedicó gran parte de su vida a luchar por mejorar sus colonias. Santibáñez se contagió de sida por engañar a su esposa, lo que provocó la separación de su familia, pero no afectó su espíritu servicial.

La familia Granillo Robles lucha contra el silencio y el estigma POR ANA CUBÍAS

José Antonio Granillo y María del Carmen Robles se conocieron a causa del destino. La hermana de María del Carmen, Ofelia Robles, quien era seropositiva, los unió y ahora, luchan para romper los estigmas del sida en su comunidad y en sus familias.

Página 10

José Antonio Granillo: ayudar es mi vida
POR ANA CUBÍAS

Granillo, director de Casa Hogar Las Memorias, presta sus servicios desde hace ocho años, la mayoría sin remuneración monetaria. Su lucha constante contra sus adicciones, no le impide realizar una labor de ayuda que el gobierno no hace y apenas apoya.

Página 12

Relatos del taller de carpintería: vocación de ayuda POR ALONDRA HERNÁNDEZ

A pesar de que Onofre José Hernández Rubio está infectado con el virus del sida, eso no impide que su colaboración en el albergue deje de crecer. Desde ayudar en los quehaceres del hogar, hasta ser el encargado de la carpintería, la presencia de Rubio es notable.

Página 14

Relatos del taller de carpintería: entre familia POR ALONDRA HERNÁNDEZ

A Ramón Quintero Miranda, su padre y su tío lo usaron para traficar droga en la cárcel. Hoy, Miranda es portador del VIH y se ha recuperado de su adicción a las drogas en Casa Hogar Las Memorias, que se convirtió en su nueva familia.

Página 16

Relato de una segunda generación en Las Memorias POR ADOLFO FLORES

Marcela López, quien es seropositiva, se contagió por tener relaciones sexuales sin protección mientras vivía en la calle. Actualmente, está internada en Las Memorias donde su tía Margarita, quien la trajo al mundo, murió de sida hace tres años.

Héctor Javier Beltrán Salva POR ALONSO YÁÑEZ

Beltrán, un interno más de la casa Las Memorias, padece de hepatitis C y tuberculosis, y a pesar de no tener sida siente un gran compromiso con el hospicio que lo recibió y ayudó a recuperarse. Hoy en día, está encargado de las medicinas y de los enfermos.

Página 20

Alejandro Crisanto Prudente
POR ADRIANA OLIVÁREZ

Prudente se infectó por su pareja, con el cual compartió seis años, al tener relaciones sin condón. lo que provocó el fin de la relación. A pesar de tener medio cuerpo paralizado, Prudente nunca se dejó vencer, y hoy está encargado de la cocina en el albergue.

Miguel Ángel Castillo POR ALONDRA HERNÁNDEZ

Luego de pasar por un tiempo en el hospicio, los demás pacientes lo apoyaron para que superara su depresión. Ahora, ya más recuperado, se encarga de la mecánica y de llevar a sus compañeros a las citas médicas.

Página 22

Carla Hernández Macías POR ANA CUBÍAS

Hernández, de 31 años, empezó a consumir marihuana y cristal desde joven hasta que un día, bajo los efectos de la droga, tuvo relaciones sexuales sin condón, infectándose del virus. Actualmente, después de separarse de su familia, está internada en la sala de aislados del albergue por su tuberculosis crónica y los efectos del virus.

Página 23

Ensayo fotográfico
POR MOISÉS REYES

Página 24

Raúl Ramírez POR ALONSO YÁÑEZ

Vivió mucho tiempo hundido en las drogas, las que lo hicieron terminar internado en un centro de rehabilitación. Luego de recuperarse, fue becado por este centro para estudiar enfermería, iniciando su tarea al servicio de enfermos de Las Memorias.

Página 26

José Joaquín Palma POR ANA CUBÍAS

Un mecánico que no supo de su estado hasta que su salud se deterioró y terminó en el hospital. Hoy, Palma ofrece sus servicios como mecánico, aparte de vender cuadros bordados que él mismo confecciona.

Jorge Antonio Arroyo Duarte
POR ALONSO YÁÑEZ

Después de sufrir efectos similares a los del sida, Arroyo fue al hospital donde se le diagnosticó que tenía tuberculosis y no VIH. Él, un adicto en recuperación del cristal, heroína y alcohol, es ahora voluntario en el albergue, ayudándole al enfermero a organizar la medicina y a atender a los enfermos.

Página 28

María Guadalupe Rodríguez González
POR ADOLFO FLORES

Rodríguez no se dio cuenta que tenía sida sino hasta después de que su hija fue diagnosticada con el virus. Ahora, está internada en el área de los aislados por la tuberculosis y el VIH.

Página 29

Una ofrenda: construir un altar en mi memoria
ESTUDIANTE DE CSUN

Una historia personal de un joven estudiante chicano de CSUN, quien ha vivido 14 años con el VIH y ha enfrentado el rechazo familiar, el estigma social y la homofobia de una comunidad que se niega a hablar de sexo abiertamente.

Página 30

El VIH/sida aumenta entre los latinos: es hora de hacerse la prueba POR CYNTHIA GÓMEZ

Explora el estado actual del sida en California, enfocándose en el impacto que tiene en la comunidad latina. Asimismo, explica cuáles son los problemas mayores que enfrenta la comunidad para prevenir la epidemia.

Página 34

No saber si se tiene VIH es vivir ocultando la realidad POR RUBÉN BURCIAGA

36

Comenta sobre la labor social de diferentes organizaciones que ofrecen ayuda a los pacientes de VIH/sida, brindan información a la comunidad latina y de habla hispana, y proporcionan consejería sobre cómo prevenir el contagio del virus.

Eric y Nano, dos historias grabadas para siempre en The Wall/Las Memorias
POR JACKIE GUZMÁN

Una madre y una sobrina de dos hombres que murierion a causa de la epidemia, exponen las consecuencias del sida a nivel familiar, apuntando tanto la solaridad y cariño de la familia como los problemas de discriminación y rechazo familiar.

Página 38

Los jornaleros en riesgo de contraer el VIH
POR ADOLFO FLORES

Hombres y mujeres van a lugares donde hay jornaleros para solicitarles servicios sexuales. La organización Bienestar tiene un programa dedicado a informar a los jornaleros acerca del VIH/sida.

Página 39

El arte ayuda a curar el estigma del VIH/sida POR VANESSA ABNER

Artículo sobre el arte y los artistas que han creado el monumento Las Memorias en Lincoln Park. El propósito del monumento, dice su promotor: "es acordarse que la comunidad latina sufre y muere del sida sin querer decirle a nadie por miedo del estigma asociado con tener la enfermedad".

Página 40

La caminata por el sida de Los Ángeles
POR ALONSO TACANGA

La vigésimo tercera Caminata por el Sida de Los Angeles (AWLA) se realizará en octubre de este año, con la finalidad de reunir fondos para luchar contra la epidemia de VIH/sida.

Página 42

No hablar de sida perjudica a las jóvenes
POR BLANCA QUINTANO Y MOISÉS LINARES

43

Tres estudiantes universitarias hablan de la falta de información acerca del virus en las escuelas y la ausencia de conversaciones francas entre la familia acerca de la sexualidad y el sida. Una receta para ponerlas en alto riesgo de contraer el virus del VIH.

Ensayo fotográfico
POR MOISÉS REYES

Página 44

Prevención y educación son clave
POR ALONSO YÁÑEZ

Página 48

Créditos

EDITORA
Ana Cubías

EDITOR ADJUNTO
Alonso Yáñez

REDACTORES
Vanessa Abner
Óscar Aréliz
Rubén Burciaga
Víctor Corona
Romi de Frías
Cynthia Eligio
Adolfo Flores
Cynthia Gómez
Jacqueline Guzmán
Alondra Hernández
Moisés Linares
Adriana Olivárez
Blanca Quintana
Alonso Tacanga

EDITOR DE FOTOGRAFÍA
Moisés Reyes

ASISTENTE DE EDITOR DE FOTOGRAFÍA
Ernesto Elizarraraz

FOTÓGRAFOS
José Luis Méndez
Moisés Reyes

ARTE
Alondra Hernández
Óscar Aréliz

TRADUCCIONES
Roberto Saucedo

PRODUCCIÓN
Jody Holcomb

DISEÑADOR DE EL NUEVO SOL EN LÍNEA
Magdy Rizk

WEBMASTER
Adolfo Flores

ASESORES
José Luis Benavides
Kent Kirkton

El Nuevo Sol es un periódico estudiantil del curso J474 del programa interdisciplinario de periodismo en español de la Universidad del Estado de California, Northridge, que se publica paralelamente con el *Daily Sundial*.

Para preguntas o comentarios, contactar a **jose.benavides@csun.edu**

Introducción

He sido la editora de El Nuevo Sol por dos semestres consecutivos y por ello he tenido la oportunidad y la responsabilidad de coordinar ésta, la edición más grande que el periódico estudiantil haya publicado en sus ya casi cinco años de existencia. La publicación es sólo una parte de un proyecto multimedia más grande que incluirá un programa de radio y un sitio Internet con texto, audio, fotografías y segmentos televisivos.

"Relatos contra el silencio: El sida en la comunidad latina" *(Stories Against the Silence: AIDS in the Latino Community)* se convirtió primero en un periódico de 48 páginas, el cual requirió mucho esfuerzo y dedicación de parte de un grupo de futuros periodistas, artistas y fotógrafos. He tenido la suerte de ver crecer este proyecto día tras día con la ayuda de mis compañeros, y hoy puedo decir que es una misión cumplida. El objetivo principal de este proyecto es mostrar el lado humano del VIH/sida, una epidemia que está creciendo entre la comunidad latina, por medio de historias personales de quienes sufren de sus consecuencias. Al mismo tiempo, queremos informar acerca de la epidemia y del trabajo de algunas de las organizaciones que luchan por prevenirla.

En la primera parte de esta edición presentamos una recopilación de relatos contados por las personas (pacientes y voluntarios) que viven en La Casa Hogar Las Memorias. El albergue, donde viven aproximadamente 35 enfermos y voluntarios, es un sitio dedicado al cuidado de personas de bajos recursos que sufren el VIH/sida. Este albergue, el cual es auspiciado por el Centro de Integración y Recuperación para Enfermos de Alcoholismo y Drogadicción (CIRAD), se encuentra ubicado en la colonia La Morita de la ciudad de Tijuana, México, muy cerca de un parque industrial con docenas de maquiladoras. La mayoría de las medicinas son suministradas por el gobierno mexicano bajo la cobertura del Seguro Popular.

Al ser un organización que brinda ayuda gratuita a tantos pacientes de sida y otras enfermedades, es insólito que no recibiera más ayuda privada y gubernamental, además de mayor cobertura en los medios de comunicación. Es por eso que un grupo de nueve estudiantes, bajo la supervisión de cuatro profesores y mentores, tuvimos la oportunidad de compartir con los pacientes y voluntarios de Las Memorias por cuatro días.

Mientras la camioneta en la que viajábamos al albergue se acercaba más y más a su destino, se podía sentir cómo todos los alrededores nos iban acercando a la realidad que íbamos a enfrentar. Por un camino extraviado, lleno de polvo y hoyos, y muy seguramente hasta desconocido para muchos de los residentes de Tijuana, nos encontramos frente a frente con el albergue. Para nuestra sorpresa, fuimos recibidos como familia, lo cual propició un ambiente de confianza y apertura.

Las historias que escuchamos, y que hoy presentamos en forma de relatos periodísticos en esta edición, se quedarán grabadas en nuestras mentes porque le pusieron un rostro humano a esta enfermedad. Las personas que viven con el

EL NUEVO SOL

VIH/sida luchan constantemente en contra del estigma de la enfermedad, la ignorancia de una sociedad que prefiere no hablar de sexualidad y la indiferencia de los que creen que el sida es simplemente una enfermedad crónica como la diabetes. Por ello, los relatos que presentamos en este número son relatos de solidaridad, de amor, de lucha, ya que la mayoría de las personas que viven en el albergue ven la vida con un gran optimismo, con un espíritu de seguir adelante, de vivir.

La segunda parte del proyecto está dedicada a explorar cómo el sida afecta a la comunidad latina más cercana a nosotros: Los Ángeles. La primera historia de la segunda sección es el relato personal de un estudiante de la Universidad del Estado de California, Northridge (CSUN) que ha vivido con el VIH por catorce años. Su historia nos ayuda a entender cómo un joven latino de nuestra edad tiene que enfrentar el rechazo familiar, la enfermedad, el estigma social, la homofobia, el silencio, la búsqueda de identidad y la siempre presente posibilidad de la muerte. Luego, presentamos un reportaje expositivo acerca del sida en la comunidad latina, utilizando las estadísticas más recientes de la repercusión de esta enfermedad entre los latinos. De igual forma, hablamos con organizaciones cuya misión es educar a los latinos acerca cómo prevenir el contagio, como Bienestar, The Wall/Las Memorias, AIDS Walk, entre otras, las cuales coinciden en señalar la importancia de hacerse la prueba del HIV a tiempo. También incluimos un reportaje sobre cómo el arte ayuda a expresar y aliviar un poco el dolor y otro acerca de qué piensan los jóvenes de la epidemia.

Esta edición y el proyecto multimedia que aparecerá en radio y en un sitio Internet no habrían sido posibles sin la ayuda de organizaciones comprometidas al servicio de la comunidad latina y dedicadas a ayudar al crecimiento profesional de los estudiantes. Es por eso que queremos extender nuestro agradecimiento a la Fundación Scripps-Howard, la cual ha apoyado generosamente el programa de periodismo en español de CSUN, la Fundación California Wellness, la cual nos apoyó directamente en la elaboración de este proyecto multimedia relacionado con la salud, la Facultad Mike Curb de Artes, Medios y Comunicación de CSUN, la cual nos dio un apoyo monetario y logístico incondicional, y la organización sin fines de lucro The Wall/Las Memorias, la cual copatrocinó el proyecto con nosotros desde sus orígenes.

Por todo ello, nos entusiasma presentarles los relatos de Las Memorias y el impacto del VIH en Los Ángeles en esta edición especial del sida en la comunidad latina.

Ana Cubías
Editora de *El Nuevo Sol*

“Aquí nadie se raja”

Líder comunitario da lección de vida

ALONSO YÁÑEZ
EL NUEVO SOL

“No puedo caminar”, dijo José con una voz quebrada. “No me puedo mover, y ya se me hizo una llaga en la parte del cóccix. Me siento desesperado porque casi no escucho”, agregó.

Dolores insoportables. Infecciones. Sordera parcial. Así son los últimos días de vida de José Guadalupe Santibáñez González, un líder comunitario que durante varios años realizó una labor social incansable que benefició a cientos de familias tijuanenses. Además de cabildear con los políticos y presionarlos para obtener luz, agua y desagüe para su comunidad, también organizó comités para luchar por títulos de propiedad, sembrar árboles y construir parques y canchas deportivas.

El fruto de su esfuerzo tocó tantas vidas que su última semana estuvo plagada de visitas y constantes llamadas de familiares y amigos. Santibáñez, de 41 años, es otro valor que se ha perdido a manos de la epidemia del sida.

Tijuana es uno de los focos de esta epidemia, ya que el estado de Baja California Norte ocupa el sexto lugar en el número de personas que viven con sida en México, y Tijuana es la ciudad con más enfermos a causa de la enfermedad en el estado. Un estudio de investigadores de la Universidad de California, San Diego, estima que en Tijuana una de cada 125 personas entre las edades de 15 a 49 años está infectada con el VIH, una proporción tres veces mayor que el promedio nacional.

Originario de la ciudad de México, Santibáñez se mudó a Tijuana hace nueve años, poco después de ser diagnosticado con VIH. Aunque en el Distrito Federal se dedicaba a ser comerciante de lencería, estuvo involucrado desde joven con distintas organizaciones y partidos.

A mediados de los ochenta, se involucró en el movimiento del Consejo Estudiantil Universitario de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Este movimiento se opuso a un intento de reformas estructurales y académicas que buscaba implementar Jorge Carpizo McGregor, rector de la institución en ese entonces.

“Carpizo fue el director de la UNAM que nos recortó muchos privilegios. Aparte de la devaluación de [ex presidente Miguel] de la Madrid, eso provocó que mi papá perdiera el empleo. Perdimos muchas cosas. Me vi en la necesidad de trabajar, y por eso suspendí los estudios”.

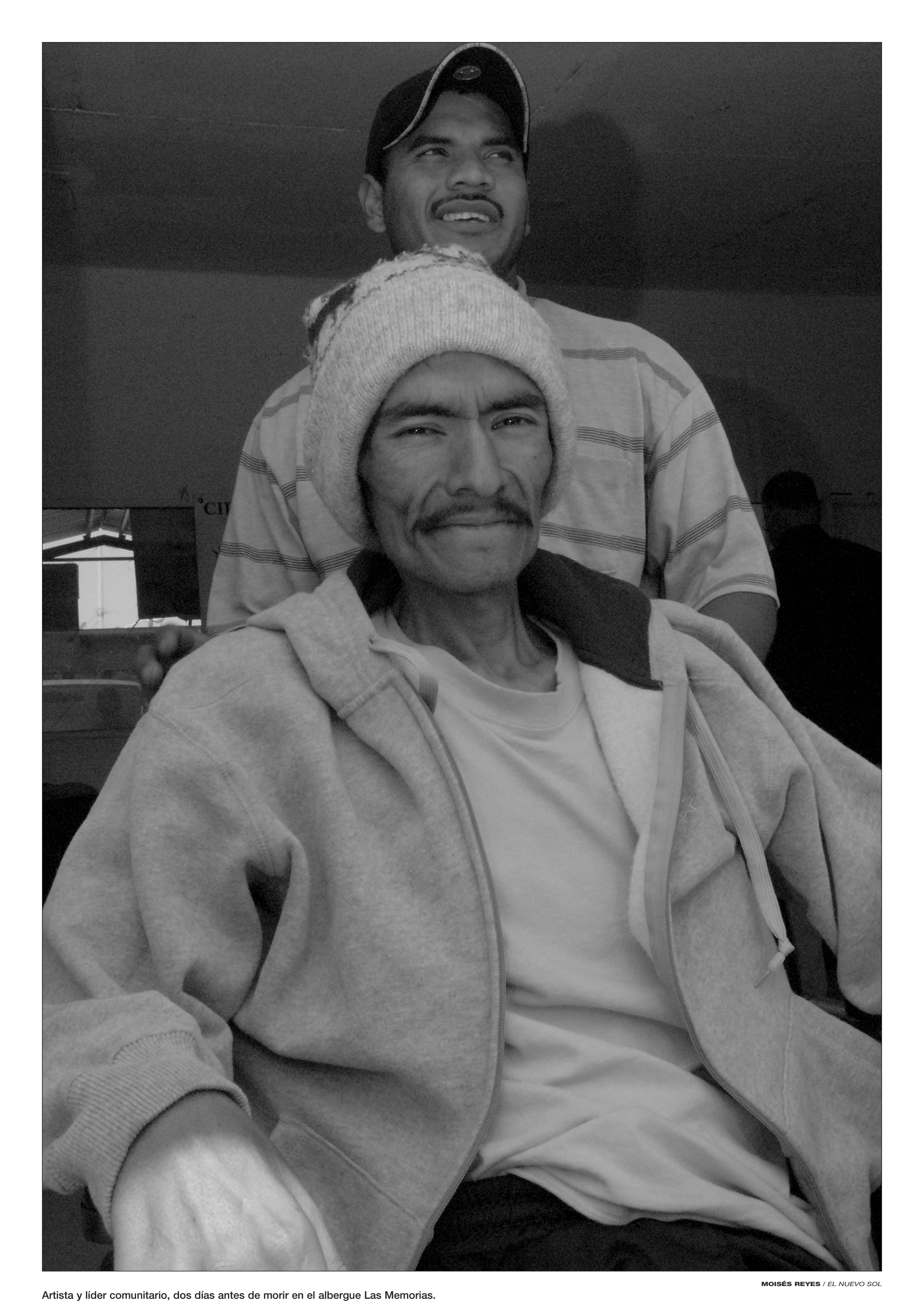
Confeso partidario del Partido de la Revolución Democrática (PRD), al que él llama “El partido del pueblo”, Santibáñez mostró dotes de líder desde que vivía en la colonia La Ronda, en la capital mexicana. Ahí organizó y dirigió a sus vecinos para luchar por la obtención de títulos de propiedad de los terrenos que habitaban.

“En la ciudad de México me dedicaba a defender a los vecinos de los desalojos injustos antes de que fuera partidario del PRD. Con lo que sucedió en la escuela, tuve que participar más”.

“José era secretario [del comité vecinal]”, dijo al respecto su hermana Yolanda. “Ellos y los del PRD ayudaron a que se hicieran unos departamentos con todos los servicios en el lugar donde vivían, que eran unos campamentos hechos de lámina. Desde estudiante fue activista y sobresalió porque siempre fue líder”.

Los últimos 11 días de su vida los pasó internado en el albergue Las Memorias, donde llegó con 20 kilogramos por debajo de su peso ideal y con las piernas demasiado débiles como para aguantar su peso. A pesar de no haber obtenido el permiso en su trabajo para visitarlo, su madre, Candelaria González Padilla, fue al albergue a ver a José un sábado, sin imaginar que dos días después él moriría.

“En un principio maldije contagiarme de VIH, pero ahora lo bendigo porque valoro más la vida”.



MOISÉS REYES / *EL NUEVO SOL*

Artista y líder comunitario, dos días antes de morir en el albergue Las Memorias.

MOISÉS REYES / *EL NUEVO SOL*

Jorge Arroyo, paciente de Las Memorias, atiende a su compañero Santibañez en el área de aislados del albergue.

"Es triste sobre todo para la familia. Él perdió a su esposa y a sus hijos, a quienes quería mucho", dijo Candelaria. "Su esposa ya no lo aceptó. Dijo que no le perdonaría nunca, y creo que hasta ahora no lo hace".

El quinto de siete hijos, José vivió una vida feliz antes de que se le diagnosticara ser seropositivo. Era muy alegre y bailarín, como muchos. Incluso, según cuenta su madre, llegó a ganar concursos de breakdance en su juventud.

Desafortunadamente, también como muchos, creyó que el sida era algo que nunca le iba a pasar. Estuvo casado y tuvo tres hijos, pero cuando se le diagnosticó su enfermedad, cambió su vida. José tuvo que confesarle a su mujer que había sido promiscuo y sin protección, y ella decidió separarse y llevarse a los niños.

"Yo creí como mucha gente que no me iba a tocar", comentó José.

Los meses que sucedieron al diagnóstico fueron difíciles. Durante aproximadamente cinco meses, José renegó por su suerte y maldijo todo. Cuenta su hermana Teresa que en varias ocasiones, familiares tuvieron que detenerlo cuando él, sumido en una profunda depresión por haber perdido a su familia, intentó cortarse las venas con un cuchillo. Fueron momentos cruciales de reflexión en los que finalmente decidió optar por la vida.

"En un principio maldije contagiarme de VIH, pero ahora lo bendigo porque valoro más la vida", comentó José. "Si cometí un error, ahora tengo que ser responsable por ese error que cometí".

Unos seis meses después de separarse de su esposa e hijos, José se mudó a Tijuana, siguiendo a su madre y hermana Yolanda, quienes ya tenían tres años en el área. Como contaba con mucho tiempo libre, decidió empezar a pintar réplicas de pinturas de Fernando Botero, Salvador Dalí, Frida Kahlo, Paul Gauguin, Henri Matisse y Diego Rivera, entre otros, para venderlas y financiar sus medicamentos.

"Aquí en Tijuana, mi profesión son las artes plásticas", dijo José. "Me dedico a la pintura. Mi trabajo está en las galerías de Rosarito".

Su estudio, rústico y empolvado, todavía sigue en el mismo desorden en el que lo dejó. Numerosos bocetos en lápiz descansan en esa endeble habitación de madera, iluminados por la tenue luz que entra por la única ventana del lugar.

Debajo de la ventana, una fotografía de una marcha del PRD en la ciudad de México resume la mentalidad que forjó su personalidad luchadora. Su hermana Yolanda contaría luego que la imagen era una especia de trofeo para él. En la foto, un grupo de manifestantes avanza por la calle levantando una pancarta gigante que decía: "AQUÍ NADIE SE RAJA CABRONES".

Después de un tiempo dedicándose a la pintura, lo contrató una señora de Rosarito para que trabajara exclusivamente para ella. Sus réplicas llegaron a ser tan solicitadas que ya no se daba abasto para cumplir con los pedidos.

"Ella era pintora y decía que José le daba otro matiz a la pintura", comentó Candelaria. "Dice que no ha encontrado un pintor que pinte como él y por eso anda rogándole que siga".

En Tijuana, se estableció la colonia Terrazas del Valle, en las afueras de la ciudad. Es un área pobre y marginada, que carecía de servicios básicos, y en la que no hay una sola calle pavimentada.

Cuenta Yolanda que muy a menudo tienen que cargar piedras de los cerros aledaños para tapar los enormes huecos que se abren en los toscos caminos de la colonia. Muchos de los que no son tapados están llenos de líquidos tur bios y malolientes, haciendo que una simple caminata por el vecindario incorpore saltos típicos de gimnasta para esquivar los charcos.

Después de ver todas las carencias de la colonia, José decidió presionar por una mejor organización. Luego de que el presidente del comité vecinal antiguo fuera relevado del cargo por él, la colonia empezó a ver los resultados. Aunque lento, llegaron los servicios básicos de luz, agua y desagüe.

"Por todo el trabajo que he tenido en la colonia, me descuidé mucho", explicó José. "Me vine abajo".

Luego de cumplir su etapa como presidente del comité, siguió trabajando en la colonia como vocal consejero, gracias a la comunidad que reconoció su buen trabajo y votó por él en las elecciones. Por su esfuerzo, y el de muchos otros vecinos, fueron llegando los servicios básicos, como electricidad, agua y teléfono.

"Ninguno de los que estamos aquí ha trabajado igual que él", dijo Juan López, vecino de José en Terrazas del Valle. "Estamos a un paso de la pavimentación pero ahora tenemos que caminar solitos. Él era el que subía y bajaba las escaleras del palacio municipal. Hoy no hay quien le salga al toro, tal vez porque no quieran o porque no sepan".

"Él se movió para que pusieran caseta de policía porque acá no había nada", agregó Elizabeth Jiménez González, también habitante de la colonia "Estamos abandonados. No hay vigilancia ni nada. Gracias a él, ha salido la colonia adelante, porque aquí ninguna dependencia del gobierno nos ha hecho caso en nada".

Luego de conversar con algunos vecinos de la colonia, era evidente que José era una persona muy apreciada en el vecindario. Era admirado y querido no sólo por su trabajo comunita rio, sino también por su personalidad luchadora, desinteresada y honesta. Y ese aprecio fue demostrado durante su última semana, en la que contestó incesantes llamadas a su celular en los pocos momentos en que no tenía ninguna visita. Era una persona tan querida que dentro del PRD se hacían colectas para darle una pensión.

MOISÉS REYES / *EL NUEVO SOL*

"Se tiene que hacer una campaña del análisis de sangre de forma masiva y obligatoria para que sepan si están o no están [infectados]… Hay que buscar la manera que esa campaña llegué a toda la gente", dijo Santibáñez.

"Ahorita lo están ayudando del partido", dijo su madre Candelaria. "Hacen una vaquita y le depositan mensualmente".

"Él, a pesar de estar enfermo, nos dice 'vayan a hacer este trabajo' o 'lleven ese papel'", contó la vecina Jiménez sobre la entrega de José. "Tenemos comunicación con él. Nos habla por teléfono y nos dice lo que tenemos que hacer. Debería preocuparse por su persona, por su enfermedad y está preocupado por la colonia".

"Lamento las condiciones en las que se encuentra el compañero Santibáñez", dijo Jaime Fuentes sobre su vecino José. "Esta colonia siempre se rodeó de líderes corruptos y con este compañero siempre vimos la limpieza de su persona, cómo llevaba los asuntos de la comunidad y los logros que se han obtenido".

Asimismo, Laura Hernández Villaseñor, vecina que conoce a José desde hace siete años mencionó que él siempre ayudo en todo lo que pudo.

"Trabajé con él en la campaña presidencial pasada y me di cuenta que, como persona, es muy idealista y es muy entregado en lo que cree y quiere conseguir", dijo al respecto.

José, cuyo sueño fue iniciar un taller de pintura para enseñarles el arte a los jóvenes de la colonia, declaró poco antes de morir que le gustaría ver mayor compromiso del gobierno para detener la epidemia.

"Necesitan difundir aquí, en todos los niveles, que se hagan el examen para que esto ya se vaya terminando", opinó.

José, como muchos otros pacientes de sida, fue discriminado por distintas personas, incluyendo trabajadores del Seguro Popular y gente educada como doctores y enfermeros del hospital, quienes al saber de su estado se rehusaron a atenderlo.

"Él es fuerte pero también se pone a llorar", dijo Teresa sobre el rechazo que ha sufrido su hermano. "Con las campañas de información, de verdadera información, no de amarillismo, esto seria otra cosa".

"No hay nada de programas para concientizar a la gente", opinó el vecino Fuentes al respecto.

"Hace mucha falta la información", agregó María Concepción Rodríguez, también habitante de la colonia. "Pienso que se debe llevar más que nada a las colonias marginadas. Siempre hay información para el centro, pero para las colonias no la hay".

El mismo día que Candelaria fue a visitar a su hijo José, Teresa llevó a su hija Zahory Madai González al albergue para verlo. Ella tiene 13 años y cursa el primer grado de secundaria en la escuela Ojo de Agua, en las afueras de Tijuana. Según cuenta Zahory, aparte de haber tenido escasas charlas sobre sexo y el VIH, las pocas que tienen sólo tocan el tema muy superficialmente, obligando a los estudiantes a informarse por sí mismos, investigando en Internet y discutiendo entre ellos el tema.

"No pienso que lo que enseñen en la escuela es suficiente", opinó. "A mi profesora le daba miedo platicar de los cuidados, del condón y todo eso".

"[A la profesora] le preguntábamos porque teníamos curiosidad y ella nos rechazaba y decía que ese tema lo veríamos luego. Y cuando en nuestro libro empezaban a hablar de eso, la profesora se saltaba a otro tema", recordó.

Dos días antes de morir, José fue enfático al señalar que hay muchos aspectos de la epidemia en los que el gobierno no está respondiendo adecuadamente. A su parecer, la ayuda brindada por el Seguro Popular, que provee medicinas para todos los enfermos de sida en el país, no es suficiente. Es más importante enfocarse en el aspecto preventivo

"Que se haga una campaña masiva para que entiendan la necesidad del examen para ver si están infectados o no", declaró. "Uno puede tener mucha confianza en su pareja, pero si está mintiendo, jamás se van a dar cuenta".

"Que se haga una campaña masiva para que entiendan la necesidad del examen para ver si están infectados o no", declaró. "Uno puede tener mucha confianza en su pareja, pero si está mintiendo, jamás se van a dar cuenta".

Hoy en día, quizás la obra más importante de José haya sido dejar tan bien engrasadas las ruedas del comité vecinal de su colonia. Su liderazgo hizo que mucha gente se uniera para luchar por causas comunes. Con su trabajo y esfuerzo, sirvió de ejemplo para muchos vecinos, quienes ahora dialogan ávidamente sobre los siguientes pasos que debe tomar el comité vecinal.

Estos vecinos se sienten contagiados por el espíritu de la foto que José ya no verá más en su estudio, y que sigue resumiendo su vida:

"AQUÍ NADIE SE RAJA CABRONES".

La familia Granillo Robles lucha contra el silencio y el estigma

EL NUEVO SOL

Las mujeres en la vida de José Antonio Granillo. De izquierda a derecha: Anayetzi de siete años, María del Carmen, su esposa, de 24 años y Carmelita de dos años.

MOISÉS REYES / EL NUEVO SOL

Édgar Ricardo, otro integrante de la familia Granillo Robles, visita el hospicio regularmente en compañía de sus padres.

ANA CUBÍAS
EL NUEVO SOL

Por los pasillos de La Casa Hogar Las Memorias, María del Carmen Granillo, mejor conocida como Carmelita, corre libremente abrazando y jugueteando con las personas que habitan el albergue. La dulce y tierna sonrisa de Carmelita, de casi tres años de edad, alimenta y reconforta el alma de los pacientes infectados con el virus de sida en el albergue, ya que muchos de ellos no reciben visitas.

Pero la visita de Carmelita es una de las más frecuentes en Las Memorias, ya que es hija de José Antonio Granillo, de 49 años y director del albergue, y su esposa, María del Carmen Robles, de 24 años y voluntaria del lugar.

La pareja se conoció por medio de la hermana de María del Carmen, Ofelia Robles Hernández, quien sufría en silencio a causa de una dura realidad.

"Su primer pareja [de Ofelia] murió de VIH cuando su bebé tenía un año y medio" asintió María del Carmen Robles. "Cuando [Ofelia] supo que su marido [la primera pareja] falleció de sida se fue a hacer los exámenes y salió que era positiva".

María del Carmen, la penúltima de 21 hermanos, afirmó que no supieron del calvario de su hermana Ofelia hasta que se encontraba en la etapa terminal de la enfermedad. Pero mientras tanto, José Antonio estaba siendo el apoyo y consuelo de Ofelia.

Entre 1999 y el 2000, José Antonio conoció a Ofelia en la clínica del doctor al que ella frecuentaba. Lo que más le llamaba la atención de Ofelia era que no tenía un brazo, el cual perdió en un accidente.

"Yo quería ayudarla. Una vez la llevé a su casa y vi que sus padres eran de muy bajos recursos y me dije a mí mismo que allí tenía la oportunidad de ayudar", comentó José Antonio. "Le llevé pan, arroz, y una vez vi a Carmen y me llamó la atención su pelo rojo".

María del Carmen, quien lleva cuatro años de voluntaria en Las Memorias, señaló que José Antonio llegó a la vida de su familia cuando se encontraban en momentos de extrema pobreza, pero lo que más le agradece es que haya sido un apoyo moral para su hermana Ofelia.

"Mi hermana le platicaba todo a (José Antonio), era su confidente porque nadie de la familia sabía que ella estaba infectada", dijo María del Carmen.

María del Carmen comentó que la historia de Ofelia, quién murió hace cuatro años de sida, es como la de muchas mujeres que contraen la enfermedad a causa de la infidelidad de sus esposos.

"La primera pareja (de Ofelia) era bisexual. Cuando ella se dio cuenta que era bisexual es porque un gay la fue a visitar a su casa y le dijo que no sabía lo que tenía en su casa", apuntó María del Carmen. "(El esposo) nunca se protegía porque siempre andaba tomado".

El caso de Ofelia está lejos de ser una excepción tanto en EE.UU. como en México. De acuerdo con un estudio realizado por la Oficina del Sida del Departamento de Salud de California y el Centro Nacional para la Prevención y Control del VIH/SIDA de México, se estima que en el año 2000 el 35.9 por ciento de los hombres que tienen sida en México lo contrajeron por medio de un contacto sexual hombre con hombre. Asimismo, se calculó que un 63.2 por ciento de los latinos en California contraen el sida por medio del contacto sexual entre hombre con hombre, convirtiéndose en la vía de exposición más común entre los nuevos casos de la enfermedad en ambos lados de la frontera.

En el caso de las mujeres, en cambio, el contacto sexual heterosexual es la forma más común de infección. Según el mismo estudio, en California un 55.9 por ciento de las mujeres contrajeron sida por medio de una relación entre hombre y mujer y en México un 39.3 por ciento de las mujeres se contagiaron de la misma forma.

Ofelia, quien murió a la edad de 27 años, fue contagiada por su esposo, su única pareja. Lamentablemente, Ofelia sin saberlo contagió a su segunda pareja, de la cuál quedo embarazada. Este hombre la maltrataba física y emocionalmente culpándola de la enfermedad, pero Ofelia nunca lo dejó por temor a perderlo, dijo María del Carmen.

"Ella no se vino para (el albergue) porque su esposo nunca lo permitió", mencionó. "Tenía miedo a que la fueran a rechazar o a que (José Antonio) nos dijera que estaba enferma y que la fuéramos a correr de la casa".

María del Carmen cree que si Ofelia, quien dejó dos niños, uno de nueve y otro de 13 años, le hubiera contado a su familia de la enfermedad que padecía, ellos la habrían apoyado. A pesar del apoyo que María del Carmen y su familia le hubieran podido brindar a su hermana, ella siempre buscaba una excusa para justificar los síntomas de su enfermedad frente a su familia.

María del Carmen afirmó que en su casa nunca hubo información acerca del VIH/sida ya que sus padres "nunca hablaron de esa enfermedad". Sin embargo, después del fallecimiento de su hermana, María del Carmen señaló que este es un tema del que se habla frecuentemente en su casa.

"Ahora ya se habla mucho de eso porque hay que cuidar a los que nos rodean, a nuestros hijos, sobrinos y llevarles información para que al rato no vaya a ocurrir otra tragedia como la que nos pasó a nosotros", apuntó.

A pesar de todo, María del Carmen le vive eternamente agradecida a Ofelia por haberle presentado a José Antonio.

"Yo siento que ella nos está mirando desde allá, de donde está, yo siempre hablo con ella y le doy las gracias porque si no hubiera sido por ella, mi esposo y yo no estaríamos juntos", dijo.

María del Carmen tuvo una relación anterior a la de José Antonio, de la cuál tuvo dos hijos, Édgar Ricardo y Ana yetzi Robles, de nueve y siete años de edad respectivamente. Ahora que María del Carmen está con José Antonio, les inculcan a los niños a que deben tratar a todas las personas por igual sin importar su estado de salud.

"Mis hijos ven a los que están aquí (en el albergue) como cualquier persona, como si no estuvieran malitos", mencionó. "En cambio hay personas ignorantes que (por) el sólo hecho de saludarlos piensan que ya se les va a pegar el VIH".

María del Carmen, quien actualmente estudia la preparatoria abierta, dijo que todos los fines de semana sus hijos y ella visitan el albergue. Muchas personas la cuestionan acerca de llevar a sus hijos al lugar, a lo que ella responde que siempre toma sus precauciones y les recomienda a sus hijos a que no entren al cuarto de aislados, donde se encuentran los pacientes con tuberculosis activa.

"Siempre que les digo vamos a ir a La Morita [la colonia en la que está el albergue], me dicen: 'hay que suave'. Los pacientes todos son sus amigos", comentó.

José Antonio afirmó que el albergue forma una parte esencial de la formación de sus hijos.

"Esto es súper importante porque se refiere a la salud y como que también va dentro de la educación sexual, porque si no estás informado, te infectas, y si lo van entendiendo desde ahora, qué suave", dijo José Antonio.

Además, José Antonio dijo que poco a poco va informando a sus niños acerca de la enfermedad y las formas de cómo protegerse, pero lo más importante es que nunca rechacen a los pacientes.

Mientras José Antonio y María del Carmen les inculcan a sus hijos acerca del virus del sida y las maneras de cómo tratar a todas las personas por igual, Carmelita juguetea y comparte su pelota con los pacientes del Albergue Las Memorias sin ninguna distinción.

"Mis hijos ven a los que están aquí (en el albergue) como cualquier persona, como si no estuvieran malitos. En cambio hay personas ignorantes que (por) el sólo hecho de saludarlos piensan que ya se les va a pegar el VIH"

EL NUEVO SOL

La jovial Carmelita Granillo Robles, contagia a los pacientes del albergue Las Memorias con su dulzura.

EL NUEVO SOL

Granillo lucha contra los estigmas sociales y la falta de apoyo para satisfacer las necesidades de los pacientes de Las Memorias.

Ayudar es mi vida.

ANA CUBÍAS
EL NUEVO SOL

En un lote vacío, rodeado de roedores, polvo y cubierto con unas hojas de papel periódico, se encontraba durmiendo José Antonio Granillo. Hasta ahí lo había llevado su fuerte adicción a las drogas y el alcohol.

"Yo ya no podía caminar, yo ya había dejado de hacer asaltos y cosas que emocionaban porque ya no me podía (escapar) de la policía," aseguró. "Yo era adicto a todo tipo de drogas. Tomaba alcohol de 96 grados".

Afortunadamente, en 1997 Granillo buscó una salida más efectiva a sus problemas y decidió internarse al Centro de Integración y Recuperación para Enfermos de Alcoholismo y Drogadicción (CIRAD), y desde entonces su vida cambió.

"Duré 24 años en las drogas", afirmó. "Gracias a este programa en CIRAD, ya llevo 10 años en recuperación".

CIRAD no sólo le dio la oportunidad a Granillo de recuperarse de su adicción a la heroína y al alcohol, sino también le abrió las puertas para convertirse en voluntario para el Albergue Las Memorias, un sitio que ayuda a pacientes con sida.

Granillo, quien es ahora el director de Las Memorias, señaló que el albergue tiene trabajando ocho años, desde el 4 de enero de 1999, y que se inició con un grupo de ocho servidores del (CIRAD) con el propósito de ayudar a personas de bajos recursos con sida y adicciones.

Desde entonces, este albergue se ha convertido en el pan diario de cada día de la vida de Granillo, ya que paralelo a atender personas con sida, él siempre tiene que estar pendiente de no tener una recaída en los vicios.

Granillo empezó a consumir marihuana y alcohol desde los 13 años de edad y hoy, después de haber obtenido ayuda profesional, ha descubierto que estas adicciones se generaron debido a complejos, traumas y falta de atención de sus padres durante su niñez.

"Mi papá nunca me dijo: 'qué onda, cómo estás, cómo vas en las tareas, te ayudo, vente vamos a jugar a la pelota, o vamos al parque'", dijo. "Nunca me dijo: 'tú vales mucho, te quiero un friego, tú eres importante para mí'. Nunca me lo dijo".

Granillo, de 49 años, aseguró que a través de CIRAD y los talleres que ha recibido, él ha aprendido a lidiar con éstos problemas y ahora les puede brindar esta ayuda a los pacientes de Las Memorias.

Granillo, originario de Mexicali, Baja California, mencionó que muchas de las personas que caen en adicciones, y por ende están en alto riesgo de contraer sida, provienen de familias disfuncionales, han sufrido de violencia doméstica, violación o simple y sencillamente no se aceptan como seres humanos.

En el albergue, hay sesiones que ayudan a los pacientes a explorar y descubrir estos traumas, ya sea por medio de testimonios, pláticas con psicólogos o por medio de la religión.

Las terapias también ayudan a los pacientes a reconocer sus adicciones a las drogas y al alcohol, ya que "la gente cree que el alcohol no es droga. El alcohol desintegra familias, hay pérdida de valores, también te mueres de cirrosis y hepatitis, baja autoestima y terminas tirado, defecado, y orinado tapándote con periódicos. Eso me paso a mí", apuntó Granillo.

Granillo comentó que Las Memorias, el único albergue en Baja California que atiende a personas de bajos recursos con sida, ha crecido y cambiado mucho desde que comenzó.

"Esta casa se hizo para pacientes con fase terminal en aquel entonces, y esto lo consideraban que La Morita [la colonia donde se encuentra el albergue] era para venir a morir; muchos pacientes hasta tenían miedo", dijo. "Cuando empezaron a haber los medicamentos y ya los teníamos más seguros, empezó a bajar el nivel de mortalidad y empezó a elevarse la calidad de vida".

Desde que el albergue se abrió, aproximadamente unas 2,000 personas han vivido ahí, de las cuales unas 600 han fallecido y el resto, 1,400, se han dado de alta por mejorías y esperan que estén integrados en la sociedad y con sus familias, destacó Granillo.

A pesar de que Granillo consumió drogas y alcohol por muchos años, él nunca se contagió, pero afirmó que muchas personas piensan que no están en riesgo de contraer el sida.

"Yo conozco señoras que no son promiscuas, y que no usan drogas y que están infectadas", dijo. "Hay unos que pensaron que no se iban a infectar, pero todos estamos en riesgo y eso hay gente que no lo toma en cuenta".

Sin embargo, Granillo sabe que su labor sólo llega hasta cierto punto, ya que muchos pacientes salen de la casa y recaen en los vicios, lo cual hace que el virus del sida se vuelva más agresivo, a tal punto que el medicamento ya no surte efecto.

"El virus yo lo catalogo como que es muy abusado, muy inteligente y sólo está esperando que te descuides y en cualquier oportunidad que él tiene, se aprovecha", apuntó. "Entonces, es una carrera entre el paciente y el virus, que si no te pones abusado él te gana".

La misión de Granillo en el albergue es muy grande ya que sólo un 70 por ciento de los gastos son cubiertos por CIRAD, mientras que el otro 30 por ciento depende de la caridad de las personas.

Granillo se encarga de todas las gestiones administrativas y vela porque la documentación del albergue siempre se encuentre en orden. Uno de los sueños más grandes de Granillo es que el terreno de Las Memorias pase a ser propiedad del albergue para que siga sirviendo a los pacientes futuros.

"Yo siempre trato de tener los pies (sobre) la tierra, pero siempre buscando mejoras para la casa, que la gente esté bien. Que haya drenaje, antes no teníamos agua, ahora ya tenemos agua y electricidad", expresó. "El tiempo nos va dando las respuestas y portándose bien, Dios nos ayuda".

En Las Memorias existe un organigrama por medio del cual los pacientes se integran a ayudar en los quehaceres del lugar, como por ejemplo hay un coordinador de mantenimiento, hay un coordinador de seguridad y hasta un encargado de la bitácora para ver quién entra y quién sale.

"Desde que estábamos en CIRAD, nos han enseñado que hay un coordinador de cada área, pero es importante que cada paciente que vaya llegando, integrarlo al servicio para que se sienta parte de él, para que su autoestima se levante", destacó.

Granillo, afirmó que a pesar de que muchos pacientes son dados de alta gracias a la intensa labor de Las Memorias, él no pierde las esperanzas de que un día el gobierno les brinde más apoyo, ya que lo ideal para mantener la casa serían alrededor de $40,000 pesos al mes.

"El virus yo lo catalogo como que es muy abusado, muy inteligente y sólo está esperando que te descuides y en cualquier oportunidad que él tiene, se aprovecha. Entonces, es una carrera entre el paciente y el virus, que si no te pones abusado él te gana".

"Pienso que (los del gobierno) deberían involucrarse más, valorar más nuestro trabajo, y que se den cuenta que alguien está haciendo lo que ellos deberían estar haciendo porque el estado hasta ahorita no ha puesto un albergue", aseveró.

A pesar de que Granillo tiene que estar en una constante lucha contra sus adicciones, la de los pacientes y en una búsqueda imparable de donativos, él sabe que tiene un compromiso con los pacientes, con su familia, con la comunidad, consigo mismo y con Dios.

"(Mi trabajo) me encanta, me fascina. Esto es mi vida, yo pienso que aquí, hasta que la muerte nos separe", afirmó.

RELATOS DEL TALLER DE CARPINTERIA:

Vocación de ayuda

ALONDRA HERNÁNDEZ
EL NUEVO SOL

Su frustración es notable. Hace 15 días que Casa Hogar Las Memorias no recibe donaciones de madera. Los deshechos que sobran fue lo último recibido. Desgraciadamente, esa madera se parte en dos al clavarla y no es de mucha ayuda para construir las casitas de perro, las cuales venden a por lo menos 100 pesos (aproximadamente 10 dólares) para ayudar con los gastos del lugar.

"Por esas casitas nosotros vivimos, y además nos ayuda psicológicamente y mentalmente", dijo Onofre José Hernández Rubio, el encargado del taller.

Rubio (como le llaman en el albergue) tiene 44 años de edad y es originario de Tijuana, México. Conoce el albergue desde que abrió, ya que ha ingresado como paciente varias veces por su adicción a las drogas.

A Rubio no sólo lo frustra la falta de madera, sino que también lo deprime cuando no hay trabajo en el taller, ya que hay muchas necesidades dentro del albergue. Lo que más le preocupa es que no haya dinero para llenar el tanque de gasolina de la camioneta que el albergue utiliza para transportar a los pacientes al hospital.

"Si no hay madera, no hay casitas, no hay gasolina", comentó.

El taller, localizado en el patio trasero del albergue, comenzó con sólo una máquina para cortar madera, pero poco a poco los mismos pacientes han sacado adelante el taller para continuar con el oficio de construir casitas de perro, aunque eso signifique usar pintura vieja, navajas sin filo y pedazos de madera.

Más que un taller, lo considera como un espacio en donde puede despejar su mente y convivir con sus compañeros. Si no está construyendo casitas de perro o creando figuras, que es lo que más le gusta, utiliza el espacio para pensar, leer y escribir.

"Tengo que tener mi mente activa, porque si mi mente está pensando en cosas negativas, es cuando me entra la obsesión y me [quiero] drogar", explicó Rubio, un adicto a la heroína que hoy en día intenta olvidar el pasado que vivió.

Su pasado no ha sido fácil.

Sólo falta ver las cicatrices de su cuerpo para darse cuenta que su pasado es como sacado de un relato que a veces parece muy desgarrador para creer. Sus brazos están llenos de cicatrices que señalan las veces que ha intentado suicidarse. Su estómago aún tiene rastros muy notables de cuando fue disparado varias veces con una metralleta en venganza por haber acuchillado a un estudiante en una preparatoria de San Diego, después de haber recibido un golpe en la cabeza con una charola a la hora de la comida.

Su mente no funciona tan rápidamente como alguna vez lo hizo, y eso se debe a que Rubio consumió mucho cristal, lo cual le dañó el razonamiento. No sólo eso, sino que pasó ocho años de su vida en una cárcel.

Sin embargo, su historia tiene cicatrices mucho más profundas. Fue criado por su hermano mayor en Tijuana, y a los 11 años se fue a vivir con su mamá en Los Ángeles. Para entonces él ya conocía las drogas, porque observaba a sus primos inyectársela y los ayudaba a amarrarse los brazos para que se inyectaran.

Fueron precisamente las jeringas que Rubio usaba para inyectarse la heroína la forma como él contrajo el VIH hace 15 años. Aunque por el momento no es necesario que tome medicamento retroviral, sí le es difícil aceptar que está infectado.

"Uno mira a la gente caminando. Andan bien alegres, bien felices y de repente los miras muy mal", dijo. "Luego te miras así, dices:

"Lo más bonito en la vida es protegerse con un condón. Lo más bonito en la vida es no usar drogas ni compartir jeringas. Lo más bonito de la vida es no usar ninguna sustancia tóxica que te lleve a la muerte".

MOISÉS REYES / *EL NUEVO SOL*

Onofre José Hernández Rubio muestra sin inhibiciones las cicatrices de su pasado en las drogas.

MOISÉS REYES / *EL NUEVO SOL*

Rubio, quien trabaja diariamente en el taller de carpintería de Las Memorias, comenta que su colaboración es importante porque "si no hay madera, no hay casitas, no hay gasolina".

"Nosotros estamos dispuestos a trabajar para lo que sea, porque mocho no estoy. Inválido, no estoy. Ciego, no estoy. Nada más tengo el [VIH]. Eso no me impide nada".

'así voy a estar un día. Bajarán mis defensas, el virus me va a atacar y me va destruir, me va a comer'".

Aún con sus temores, sabe que su estado depende mucho de su ánimo, por lo que no permite que nadie lo deprima ni que lo hagan sentir mal.

A pesar de que se considera una persona sin corazón por todo lo que ha hecho y ha vivido en el pasado, sus acciones demuestran lo contrario. Dócilmente, atiende de sus compañeros más débiles. Se mueve apresuradamente dentro del albergue para servir un vaso de agua y llevárselo a un compañero, o acomodarle la almohada para que su compañero se sienta más cómodo.

Sus atenciones no se limitan a eso. En sus ratos libres, a él le gusta estudiar de un fólder blanco que una psicóloga le prestó, el cual está lleno de información relacionada con el VIH, enfermedades venéreas, estados psicológicos y demás.

En ocasiones, visita las maquiladoras que se encuentran cerca del albergue para informar a la gente sobre las verdades relacionadas con el VIH, pero más que nada, quiere informar a los jóvenes, pues dice que son los jóvenes a quienes se les hace la vida muy fácil.

"Son jóvenes que se quieren comer el mundo entero, como yo," agregó, "pero no me comí ni la mitad del pastel," y ahora dice encontrarse renegando el por qué fue tan incrédulo. Su mensaje para los jóvenes es que las cosas materiales, como el dinero, casas, carros, no son lo más importante en la vida.

"Lo más bonito en la vida es protegerse con un condón. Lo más bonito en la vida es no usar drogas ni compartir jeringas. Lo más bonito de la vida es no usar ninguna sustancia tóxica que te lleve a la muerte, eso es lo más chido de lo que yo sé", dijo, agregando después que puede dar ese mensaje ya que él ha vivido todo aquello y como consecuencia ha estado cerca de la muerte.

Actualmente, Rubio se enfoca más en informarse sobre los efectos que el VIH tiene en los niños porque Las Memorias espera poder recibir a niños con el virus muy pronto, en cuanto esté listo el lugar que se está construyendo específicamente para ellos. Como padre de dos hijos, Rubio aprecia la inocencia de los niños.

"Los niños son ángeles de Dios y no deben sufrir", dijo.

Para Rubio, es importante saber los efectos que puede tener el retroviral pediátrico en los niños, ya que quiere poder comprender los efectos secundarios que los niños puedan sufrir a consecuencia del medicamento para saber lo que les pueda doler y, si es necesario, animarlos vistiéndose de payaso, u otro personaje que está dispuesto a jugar.

En su momento, quiso ser médico y puede que ésa sea la razón por la cual le interesa aprender sobre su enfermedad. Aunque su oficio terminó siendo el de robar carteras de las bolsas para mantenerse, ahora se dedica a construir casitas de perro, y ayudar a sus compañeros en lo que pueda.

"Nosotros estamos dispuestos a trabajar para lo que sea, porque mocho no estoy. Inválido, no estoy. Ciego, no estoy. Nada más tengo el [VIH]. Eso no me impide nada", conluyó Rubio, quien lo demuestra con el trabajo que realiza dentro del taller, su espacio.

RELATOS DEL TALLER DE CARPINTERIA:

Entre familia

MOISÉS REYES / *EL NUEVO SOL*

Ramón Quintero Miranda, de 34 años, ofrece sus conocimientos de carpintería para ayudar económicamente en Las Memorias.

“Todo lo que hago aquí [en Las Memorias] me retroalimenta espiritualmente, me hace sentir bien”.

ALONDRA HERNÁNDEZ
EL NUEVO SOL

Ramón Quintero Miranda se despierta todas los días alrededor de las cinco de la mañana, pues es una costumbre que adquirió después de vivir varios años en la cárcel. Desde que ingresó por primera vez a Casa Hogar Las Memorias, Quintero Miranda ha estado al tanto de los pacientes postrados en cama y ha ayudado en la carpintería a construir casas de perro y otras cosas.

A Miranda, quien prefiere que lo llamen por su segundo apellido, le gusta involucrarse en todo porque para él, Las Memorias es su familia.

“[Las Memorias] es mi casa y como tal estoy para servir”, dijo.

Miranda, de 34 años, originario de Culiacán, Sinaloa, llegó a Las Memorias por tercera ocasión a principios de año después de volver a recaer en las drogas. A pesar de que la droga lo ha llevado a dormir debajo de los puentes, en la cárcel y en los hospitales, o a comer de los botes de basura y hasta pasar cuatro meses sin bañarse, Miranda no puede dejar el vicio, pues dice que es difícil dejar algo a lo cual uno se acostumbró a consumir desde pequeño.

“Empecé a conocer la droga por mi padre, la familia. Ellos usaban droga y me usaban a mí”, explicó.

Durante su niñez, la época más crucial para el desarrollo de un ser humano, Miranda vivió con su padre dentro de una cárcel en México después de que sus padres se separaron. No fue sino hasta los 30 años que Miranda conoció a su madre.

Cuando era niño, salía de la cárcel a las 7:30

de la mañana para ir a la escuela y por las tardes regresaba para estar con su padre. Durante la hora de recreo, su tío le introducía droga en los zapatos para luego se la llevara a su padre. Según él, nunca fue revisado por los guardias al regresar a la cárcel por las tardes, ya que era un niño de cinco años.

"Yo les servía como herramienta a ellos para darle seguimiento a la enfermedad que tenían, arrastrándome", dijo.

Para Miranda , la negligencia de sus padres lo impulsó a independizarse a una temprana edad para vivir lo que él considera una vida negativa, pues esa negligencia fue la que lo indujo a las drogas. El uso de las drogas se convirtió en algo natural, de modo que cuando empezó a relacionarse con otros jóvenes, el hecho de que ellos también consumían drogas no se le hizo extraño.

Según cuenta, su timidez y el no tener una persona en su niñez que le inculcara valores como a cualquier otro niño, propiciaron su adicción. Él usaba drogas porque podía desenvolverse mejor socialmente, lo que contribuyó al daño que se hizo.

Es así como Miranda fue creando aquellos patrones de conducta que lo llevaron a convertirse en un adicto a la heroína, entregándose "de alma y corazón", como dice. Sin embargo, las repercusiones no pararon ahí. A los 17 años, terminó en una cárcel en Estados Unidos, donde estuvo nueve años y en donde siguió alimentando su adicción. Posteriormente, regresó a la cárcel, esta vez en México.

"Muchas de las veces, no es tanto las paredes ni los fierros que hay ahí, [sino] las celdas, la cárcel interna que se va forjando uno", dijo acerca de su experiencia.

Dentro de la cárcel, Miranda tuvo que soportar atrocidades, como tener que bañarse en cinco minutos con las manos esposadas o que le dieran pan podrido para comer.

Finalmente, en 1995, supo que tenía el VIH y aún desconoce cómo adquirió la enfermedad. Quizás fue el hecho de compartir jeringas con múltiples personas en la calle o el tener relaciones sexuales sin protección. Cualquiera que haya sido la razón, no fue suficiente para que dejara su adicción.

"Tenía un pensamiento mal, porque yo pensaba que con el hecho de tener VIH ya no iba a usar [drogas]", explicó. "Lo usaba como herramienta para cambiar de vida, pero en realidad no era así".

A pesar de haber estado en otro centro de rehabilitación anteriormente, Miranda no podía dejar la heroína. Se le hacía más fácil seguir con la vida que llevaba que enfrentar su realidad.

En éste, su tercer intento en Las Memorias, Miranda batalla para combatir su adicción y no empeorar su enfermedad.

José Antonio Granillo Montes, director del albergue, dice que las drogas y el sida van de la mano; por ello, el albergue ha manejado ambas áreas.

La gente que consume drogas es más propensa a entablar comportamientos riesgosos, como tener relaciones sexuales sin condón mientras están bajo la influencia de la droga.

Los Centros de Control y Prevención de Enfermedades (CDC), reportan que entre los hispanos el uso de drogas inyectadas, como la heroína, es la segunda mayor causa de contagio del VIH.

Miranda vive todavía su lucha contra la adicción, ya que diariamente le dan ganas de usar drogas. Sus recaídas han sido difíciles, haciendo que se tenga que esforzar el doble para controlar su dependencia, porque dice que recaer es más difícil después de haberse internado en un centro de rehabilitación.

"Se hace uno adicto al sufrimiento, te sigues tropezando con la misma piedra", comentó. "Sigue uno de terco porque piensa uno que va a recibir resultados diferentes, pero cae uno en lo mismo".

MOISÉS REYES / *EL NUEVO SOL*

Miranda trabaja arduamente en la construcción de una casa para perros.

Miranda se da cuenta de la manera en que la droga ha manejado su vida y los efectos del tener VIH. Esos efectos los siente más cuando quiere estar con otra persona y sabe que no puede porque tiene la responsabilidad de no dañar a alguien más.

Aunque a veces, él mismo duda poder superar su adicción, Miranda muestra que aún en los momentos más obscuros y negativos el cambio es posible. Un ejemplo de ello es la libertad personal que dice que Las Memorias le ha ayudado a encontrar.

"La libertad está en uno, donde quiera puedes sentirte bien, donde quiera que estés", dijo. "Si uno busca la libertad personal, donde quiera te puedes sentir bien", y aunque no se considera una persona espiritual, siente que está adquiriendo fe, lo cual le ayuda a no ahogarse con la enfermedad que tiene.

"Todo lo que hago aquí [en Las Memorias]", dijo, "me retroalimenta espiritualmente, me hace sentir bien", finalizó.

MOISÉS REYES / *EL NUEVO SOL*

Relato de una segunda generación en Las Memorias

ADOLFO FLORES
EL NUEVO SOL

Hace veinte años, dos hermanas caminaban apresuradamente por los cerros de Guanajuato en busca de un doctor porque la mayor de ellas iba a dar a luz. Luego de caminar un buen rato sin encontrar un doctor, no pudieron esperar más, tocándole a Margarita, la hermana menor de sólo quince años, ser la partera de su sobrina Marcela.

Hoy, Marcela López Bravo vive con VIH, tuberculosis y herpes en el albergue Las Memorias, donde su tía Margarita murió de sida hace unos años.

López empezó a usar drogas a los 13 años, tomándo un giro decisivo en su vida. La relación con su familia se deterioró, causando que ella huyera de casa. Luego vinieron cuatro años difíciles en la calle. Cuatro años que la dejaron gastada y con el espíritu quebrado.

A los 16 años se internó en el Centro de Integración y Recuperación para Alcohólicos y Drogadictos (CIRAD) #1, por su adicción al cristal. Fue en ese centro de rehabilitación en donde conoció a José Rafael, con quien vivió un año, y quien fue la persona que la contagió de VIH. Ahora Marcela comenta que nunca sospechó que era seropositiva, a pesar de haber mantenido relaciones sexuales sin condón por mucho tiempo. No se en-

teró de su contagio hasta que una amiga que trabajaba en el Seguro Social le dijo que José Rafael era seropositivo.

Se sintió traicionada y fue a casa de José Rafael para preguntarle. Sólo encontró a la madre de él en casa, y le contó los rumores que había oído, a lo que la madre contestó que no le dijera nada a su hijo. Después la llevó a comprar un nieve grande supuestamente para consolarla.

"Como no le voy a decir si es mi vida", le respondió López.

Cuando encontró a José Rafael, le dijo que se sentía traicionada. Él empezó a llorar, argumentando que no le había dicho porque no la quería perder, lo que ablandó el corazón de López. Decidieron continuar con su relación, aunque permanecieron enojados por un par de meses. Sin embargo, hace tres años, José Rafael murió en sus brazos.

"A veces me acuerdo mucho de él", dijo.

Durante el año que estuvo viviendo con José Rafael, ella conoció a Arturo, un amigo de él que también usaba drogas. Dos meses después que muriera José Rafael, empezaron una relación. A pesar de que Arturo sabía que López era seropositiva, decidieron tener relaciones sexuales sin condón. Al séptimo mes de relación, ella se embarazó, pero Arturo negó que el bebé fuera suyo y la abandonó.

Ella todavía se siente resentida de lo que le dijo Arturo.

"Me llegó a mirar en la calle con [mi] panza", dijo. "Me dijo que no era de él".

Esta situación motivó a López a regresar a las calles, esta vez en Rosarito, donde siguió utilizando drogas durante su embarazo. Un domingo por la tarde en la cantina La Escondida, mientras buscaba a su amigo Carlos, conoció a un estadounidense de 28 años con ojos azul grisáceos, llamado Jason.

Según cuenta López, la llegada de Jason fue como una luz en un mundo oscuro. A pesar de verla con un mes de embarazo, sucia y con hambre, le dijo que tenía los ojos más bonitos que había visto en su vida. Luego le ofreció droga y comida, y López, con hambre de las dos, se fue con él. Pero Jason no le dio droga. Le ofreció comida y una casa rodante donde podía vivir, pidiéndole solamente que no usara drogas y que se internara en un centro de rehabilitación.

Jason y López empezaron a tener relaciones sexuales con protección ya que Jason sabia que ella era seropositiva. Tres semanas después de conocerlo, ella lo dejó para seguir su vida en la calle. Sin embargo Jason la buscó incansablemente hasta encontrarla, y cuando la hayó hizo que regresara a casa.

La relación era difícil, ya que Jason, un Californiano, iba a verla sólo en los fines de semana. Cuando se encontraban todo era felicidad, y según ella, al caer la noche, quedaban echados en la cama de la camioneta de Jason, admirando las estrellas. Lamentablemente la vida de López no cambió para bien.

A los siete meses de embarazo, López empezó a tener dolores muy fuertes en el estómago. Fue a la Cruz Roja, donde los doctores le informaron que la niña había llegado muerta. Nunca vio a su hija. Al segundo día, los doctores le dijeron que firmara unos papeles, y después la llevaron a la cárcel por tres días, argumentando que había matado a su hija por su adicción a las drogas. Ella, a pesar de haber tenido el nombre Julie Julei escogido con anticipación, nunca llegó a bautizarla.

"No es bonito vivir en la calle", dijo, "tienes que soportar muchas cosas".

Durante los años que vivió en la calle, López dormió muchas veces en un basurero, donde pasaba los días sentada esperando que alguien le diera de comer. Pensaba en irse a casa, pero no podía aguantar la idea de dejar las drogas.

Una noche, una amiga la llevó a prostituirse para juntar dinero para drogarse. Dice que sólo se prostituyó tres veces y usó protección. Sus clientes le pagaban con droga o dinero.

"No es bonito hacerlo con alguien que no quieres", dijo mirando hacia el suelo. "Yo lo tuve que hacer por necesidad, por dinero."

Cuenta que en una ocasión uno de sus clientes le pagó con cristal que estaba malo, haciéndo que se enfermara con mareos y vómitos. Se puso tan grave que su amigo la llevó a la Cruz Roja, donde le inyectaron penicilina.

Además de pasar hambre, López cuenta que también pasaba peligro. Una noche, un señor que conocía de vista le preguntó si quería cristal. Desafortunadamente, mientras estaba bajo el efecto de la droga, el señor la violó. Ella luchó contra él, pero sus intentos fueron en vano.

"Todo por andar en la calle", dijo, "teniendo yo mi casa, mi cuarto y todo".

Un día lluvioso, Jason le pidió a López que se internara en un centro de rehabilitación. Ese mismo día, la llevó con toda su ropa a internarla al centro. Al llegar, ella se arrepintió y le pidió que regresar a casa. Jason se enojó y la llevó. Fue la única vez que él se enojó con ella, y también la última vez que lo vio.

Pasaron sábado y domingo sin que Jason fuera a verla. Ella lloraba porque sentía que había perdido a la persona que le trajo alegría a su vida. Fue cuando tomó una decisión: le pidió a un amigo que la llevara al Centro de Rehabilitación de Enfermos Alcohólicos (CREA) en Rosarito.

Según ella, su lucha para la rehabilitación no sólo incluyó la pelea con las drogas, sino también sobrevivir el maltrato que experimentó en CREA. Cuando llegó, una enfermera a la que llamaban La Chamuca (la diabla), le dijo que se quitara un collar que Jason le había regalado para su decimonoveno cumpleaños. Como López no quiso, le dieron muchos golpes, y después la amarraron y dejaron tirada en el frío suelo. Tan frío estaba el piso, que sus manos pronto se durmieron y se pusieron moradas.

Cuenta que en CREA obligaban a las mujeres a cargar baldes de agua, llevándolos para arriba y para abajo de unas escaleras, sin descanso ni agua. Hasta la directora le pegaba a las mujeres, dijo. López no olvida a una mujer que trató de escaparse del centro de rehabilitación y, después de no lograrlo, fue golpeada por la directora quien le dejó la cara morada y sangrante.

A los tres meses de estar internada, López se enfermó de tuberculosis y fue transferida al centro de salud. Como no podía caminar y tenía las defensas bajas, su madre la recogió y la llevó al albergue Las Memorias, donde está desde junio de 2006.

Hoy, López siente una culpa muy grande y se arrepiente de haber lastimado a su familia. Se culpa por la muerte de su abuela, a quien le tocó cuidar a su tía Margarita cuando ella estaba muriendo de sida. Cuenta que poco después de haberle contado a su abuela que estaba infectada, ella "murió de tristeza".

"[Digamos] que yo la maté al saber que algún día me (iba) a morir", dijo.

Uno de los recuerdos más marcados sobre su enfermedad es el día que su madre se enteró de su infeccíon. Era el Día de las Madres, y López había ido a casa para darle su regalo, sin saber que la única hermana que sabía que era seropositiva le había contado ya a su madre. Ese día, su mamá y su hermana entraron con ella al cuarto, donde le preguntaron directamente si era seropositiva.

"Sí", le dijo López, aclarando que ese fue el momento más difícil de tener el VIH.

Ahora, López está débil con una voz que apenas se escucha. Toma medicinas retrovirales que la ponen muy débil y sueña con regresar a casa con su familia para arreglar su relación con ellos.

"Lo más bonito que pudiera vivir es que mi mamá viniera y se acostara conmigo y me apapachara", reflexionó.